

do, seguirá cultivando como preciosas plantas de invernadero, enfermos incurables, criminales incorregibles, idiotas y raquíticos, todo el parasitismo humano; hasta que la Ciencia, única Religión y única Ley, como hoy el deber de aliviar, adquiriera el derecho á suprimir, que será, tanto como la suprema justicia de los fuertes, la suprema piedad con los débiles.

---

## CUENTOS DE LA VIDA

---

De cuando en cuando, la vida se toma el trabajo de componer un suceso cualquiera de su pasar continuo, como una obra de arte; es algo entonces que renueva á nuestra emoción sensaciones de literatura más que sensaciones de la vida misma. El suceso parece un drama, una novela, un cuento, y es así como nos emociona y solicita nuestra atención, indiferente y distraída cuando la realidad se contenta con pasar ante nuestros ojos sin gritar á nuestros oídos.

Ahora, la vida nos contó el cuento de la madrastra, el cuento que á todos nos aterró de niños. ¡La madrastra, terrible como el ogro en los cuentos de hadas!

Al oírle, hombres y mujeres se han estremecido de piedad y de indignación. ¡Qué crueldad! ¡Qué infamia!

¡Cinco niños martirizados, cinco niños que padecen hambre y miseria, y no saben de juegos, ni de caricias, ni de la luz del sol! ¡Cinco

criaturas! ¡Indignaos y compadeceos! Y después... descansen vuestra piedad y vuestra indignación por mucho tiempo, porque esas cosas no suceden todos los días. Madrastras y padres así, son excepcionales, monstruosos. ¿Verdad? Y niños martirizados, niños que perecen de abandono y de hambre y de suciedad, que no saben de caricias, ni de juegos, ni de la luz del sol, no existen entre nosotros, no pueden existir en una sociedad cristiana, caritativa...

¿Los visteis alguna vez en los tugurios de los barrios bajos, por el día, tirados al arroyo como perros vagabundos; por la noche, amontonados en la misma yacija que sus padres? ¿Y los visteis, en las noches de invierno, acurrucarse al abrigo de un muro, de una puerta, y preferir el sueño al aire de hielo y el libre despertar á golpes de la autoridad, á los golpes, sin huída posible, que les amenazan al volver á su casa sin la limosna ó la ratería exigidas?

¿Los visteis en fábricas y talleres, más esclavos de la explotación que las bestias de carga, porque el hombre, si no por compasión, por cálculo, respeta la primera edad de los animales, que cuestan más caros que el hombre, y sólo los explota cuando están crecidos y fuertes?

¿Y los visteis, viciosos y criminales precoces, juzgarlos como hombres y condenarlos como hombres á las mismas penas y en las mismas cárceles? En la enseñanza del crimen es en la única que no se permiten economías nuestros Gobiernos.

Esto, en las grandes ciudades. En los pueblos y aldeas campesinas, ya es otra cosa. Habéis oído decir, habéis visto acaso, que los chicos de los pueblos se crían sanos y robustos; se crían, sí, el que se cría. ¡Ah, ese sí, el que llega á criarse ya podéis estar seguros que no le parte un rayo! Pero antes... ¡No hay segador que siegue tantas espigas en el mejor año como la muerte niños en su peor cosecha!

Y no son sólo los niños pobres; son también los niños ricos, nunca atormentados, al contrario, mimados, consentidos, tiranuelos de caprichosa voluntad, ineptos por viciosa educación para luchar después en la vida, que se encargará de atormentarlos... y de que atormenten.

Sí, es horrible el suceso de Zaragoza; es como un cuento de los que nos aterran cuando niños. La vida nos lo ha contado esta vez para que nos enteremos; pero el cuento no es sólo de ahora, es más largo y más triste... Por eso, hombres y mujeres de esta sociedad cristiana y caritativa y civilizada, compadeced á

esos cinco niños con todo vuestro corazón; pero pensad que no son esos cinco niños solos...

Y no os indignéis demasiado con la madrastra, por lo menos hasta mirar á vuestro alrededor, por si no fuera ella sola tampoco. ¡Oh, sociedad, sociedad cristiana!

---

## ESCENAS DE VERANO

---

En las que alternadamente, y sin quitar ni poner, irán saliendo los que se van y los que se quedan, sorprendidos al natural descuido, sin fin alguno de enseñanza ó de moralidad, ni siquiera de sátira, sino buenamente, para entretenimiento de señoras y personajes políticos, las personas más fáciles de contentar en literatura. Así como hubo un guasón que anunció cierta vez «se vende caballo de silla, muy manso, á propósito para señora ó jefe de infantería», del mismo modo algunos escritores debían anunciarse: «Literatura mansa, á propósito para señoras y personajes políticos.»

Y basta de prólogo y empecemos por algunos de los que se quedan.

### Escena primera.

En un gran landó, propiedad del excelentísimo Sr. D. Sabino González y Sobrino, de la aristocracia mercantil de esta corte. Des-

pués de una existencia de laboriosidad y de honradez, dedicada al comercio de paños catalanes y otros géneros de fantasía, con un sólido capital y un envidiable crédito, D. Sabino se ha decidido por fin en el pasado invierno á poner coche. En su decisión han influido, en primer lugar, la edad crítica (ó sea la de ir pensando en casarlas) de sus dos hijas mayores; las exhortaciones de su querida esposa, cansada ya de ver cómo lucen y aparentan en este Madrid más de cuatro con menos motivos que ellos; su entrada en la política activa con vistas á una senaduría, y... ¿quién sabe? Ahora que los hombres prácticos hacen tanto papel... Y, en último término, la ocasión que se le presentó, por quiebra de un lujoso establecimiento de coches, de adquirir todo el tren en las mejores condiciones.

Don Sabino González y Sobrino y su distinguida familia (como nos anunciaron en su día los periódicos) veranean en el Norte, y durante su ausencia han cedido el coche, para su disfrute y lucimiento, á doña Esperanza y á sus dos hijas Irenita y Rosita, viuda y huérfanas de un alto empleado, parientes cercanas de la esposa de D. Sabino, género de parientes pobres, pero decorosos.

No hay que decir si han agradecido la atención de los parientes ricos. Todas las tardes

piden el coche para las cinco, y aunque ellas desde esa hora están vestidas y compuestas, esperan sentadas y aburridas, y nunca salen hasta las seis ó seis y media, para que el coche se exhiba á la puerta, admiración de vecinas y porteras. Después, advertido el cochero de llevarlas por calles principales, porque las asusta ir por calles estrechas, cumplen cada tarde con dos ó tres de sus relaciones, sintiendo tener que dejar el coche á la puerta; recorren todos los comercios conocidos para que los dependientes les lleven hasta el coche los paquetitos, y, por fin, resultan en el paseo de coches del Retiro, donde tenemos el gusto de presentarlas en escena.

Puestas *en frais de toilette*, dentro de sus modestos recursos, como en el landó no se luce la falda, van defendiéndose con combinación de cuerpos y blusas de mil colores, sin descuidar los sombreritos, sujetos á todo género de transformaciones.

En la tarde de referencia la mamá luce un cuerpo de seda azul; Irenita, una blusa de batista blanca, y Rosita, otra ídem de raso color rubí. Sin darse cuenta, porque ellas no cultivan las relaciones internacionales, con la combinación tricolor van, como para el 14 de Julio, hechas un ¡viva Francia!

Y hablan:

IRENE.—Pues digan lo que quieran las de Somolinos, todavía queda muy buena gente en Madrid.

ROSITA.—Como ellas dicen que no comprenden cómo se queda en Madrid nadie que tenga dos pesetas...

IRENE.—Que es un modo de decirnos que nosotras no las tenemos.

DOÑA ESPERANZA.—Para salir como salen ellas estaría una en Madrid tan ricamente. Á ver dónde hay un paseo como este Retiro. Vosotras no podéis acordaros, porque érais unas criaturas, de un año que en vida de vuestro padre, en gloria esté, fuimos á Alicante, porque entonces con la guerra de los carlistas no se podía ir por el Norte... ¡Los quince días que yo pasé! Si no hubiera sido por la falta que os hacían los baños, sobre todo á la pobrecita que se murió, que se hubiera muerto lo mismo; pero en fin, cuando los médicos mandan una cosa debe uno hacerlo todo, para que no se diga que no puso uno todos los medios... Esta (*señalando á Irenita*), que no hubo medio de bañarla, porque se ponía como si le fuera á dar alferecía, fué la única que vino mejor... ¿Quién nos ha saludado?

ROSITA.—No ha sido á nosotras, mamá...

DOÑA ESPERANZA (*reanudando el hilo de*

*sus reflexiones*).—Y la mayoría de la gente que sale fuera lo pasa muy mal... Ya veis lo que escriben las primas y lo que dicen de la comida del hotel... ¡Y pagando un dineral!

IRENE.—¡Pero esas, con tal de alternar con la aristocracia y ver si sacan un novio marqués ó conde...!

DOÑA ESPERANZA.—¡Que se les quite de la cabeza! Vuestras primas siempre serán unas cursis con dinero, y nada más... Y vuestro tío Sabino, un bruto con dinero y mucha suerte... y nada más. Y tía Dolores, que al fin es de otra clase, como de mi familia, es una pobre señora y nada más... (*Ya dijimos que estaban muy agradecidas á sus buenos parientes*). Y las chicas tendrán que casarse con uno de su clase, ni que vayan á San Sebastián, ni que las vean en coche, ni que las abonen al Español, ni que traigan los vestidos de Francia... (*Extasiándose de pronto en la contemplación de Rosita*). ¡Qué mona te ha quedado esa blusita!... ¡Te está muy graciosa! Pásate el pañuelo por las cejas, que llevas muchos polvos...

IRENE.—¡Saluda, mamá!...

DOÑA ESPERANZA (*mirando ansiosa en torno, para no caer en falta*).—¿Á quién?... ¿Dónde?

IRENE.—Allí. ¿No ves?... Aquel municipal... (*Desilusión de doña Esperanza*). Es

Ramón, el portero de la calle de Torrijos...

DOÑA ESPERANZA.—¡Ah, sí! ¡Mira cómo nos ha conocido el pobre!

ROSITA.—Ya viene, en su coche, la señora viejecita de todos los días... Ya se sonríe al vernos...

IRENE.—Aquí se conoce todo el mundo en cuatro tardes... ¡No mires ahora!...

ROSITA.—¿Quién?

IRENE.—Los tres pollos de la *manuela*... ¡No mires! ¡Son unos gansos! ¿Qué han dicho al pasar?

DOÑA ESPERANZA (*que ha oído algo, no muy lisonjero, sobre su atavío, con la voz de Balbina Valverde en las suegras*).—¡Alguna imprudencia! ¡Tísicos! ¡Qué jóvenes!... Un coche de ministro.

IRENE.—¿Quién será?

DOÑA ESPERANZA.—De estos que mandan ahora no conozco á ninguno. En vida de vuestro pobre padre los conocía á todos, á Cánovas, á Sagasta, á Orovio...

ROSITA.—¿Quién era Orovio?

DOÑA ESPERANZA.—Una figura en política, ministro muchas veces, muy amigo de vuestro pobre padre... ¡Orovio!

IRENE (*sentenciosa*).—Es que de los políticos, como no sea que los maten... ¡Se hablan tan poco después de muertos!

DOÑA ESPERANZA.—¡Qué aire tan hermoso y tan fresco se ha levantado! Puede que no lo tengan en San Sebastián.

ROSITA.—¡Mamá! Ese sombrero se te va para atrás.

DOÑA ESPERANZA.—Ya lo he notado.

IRENE.—Es que no te lo has puesto bien.

DOÑA ESPERANZA.—Es que me has peinado hoy muy mal. El postizo va de cualquier manera.

IRENE.—¡Como te levantas cuarenta veces mientras te estoy peinando!

DOÑA ESPERANZA (*destemplada, en tono de polémica casera*).—¡Como no puedo descuidarme un momento con la muchacha! ¡Es un mostrenco que no sabe nada!

IRENE.—¡Como que no podemos estar con una muchacha sola!

DOÑA ESPERANZA.—¡Como vosotras no peleáis con ella!

ROSITA.—¡Si la reprendemos es cuando tú la das la razón!

DOÑA ESPERANZA.—¡Como vosotras sólo queréis que las muchachas estén para vuestros caprichos! ¡Las mandáis á cualquier recado, y se están dos horas en la calle y yo tengo que hacerlo todo! ¡Os parece que este mediodía tuve yo que fregar todos los cacharros, que se estaban muertos de risa!...

IRENE.—¡Porque te da la gana! ¡Porque no despides á una todos los días!

DOÑA ESPERANZA.—¡No digáis! ¡Ha habido días que he despedido á dos! ¡Como vosotras no sabéis cómo está el servicio!

ROSITA.—¡No des voces, mamá, que mira la gente!

(*La discusión continúa con sordina.*)

EL COCHERO (*al lacayo*).—¿Nos tendrán hoy hasta las nueve?... sea su casta!

DOÑA ESPERANZA.—¿Queréis que demos otra vuelta, ó vamos á casa de Estefanía, que es la hora de encontrarla?

IRENE.—¡Sí, vamos, vamos!

DOÑA ESPERANZA (*al lacayo*).—¡Oiga usted... nunca me acuerdo del nombre!...

LACAYO (*saludando*).—Higinio, para servir á ustedes.

DOÑA ESPERANZA.—Hermosilla, cuarenta y seis...

LACAYO.—Está muy bien...

ROSITA.—Pero que baje por la calle de Alcalá y luego suba por la Carrera y la calle de Sevilla á salir á Hermosilla...

LACAYO (*al cochero*).—Ya has oído.

COCHERO.—¡Hoy, ni á las diez encerramos! ¡Si partiera el coche un eléctrico por donde yo dijera!... (*Arrea. Trote largo, y cae el telón.*)

## LOS QUE SE VAN

### II

.....

En el andén de la estación del Norte. Falta veinte minutos para la salida de un expreso. Delante del coche *sleeping*, Luisita, Vicenta, Juana y Miguel. Condición social, por su orden, la siguiente: Luisita, una monada de criatura, un lirio de arroyo, anunciada algún tiempo en carteles de *music-halls* como la Bella Mimí, con sus canciones modernistas. Con estas canciones pretendía un joven poeta, enamorado de Luisita, nada menos que lanzar en Madrid el género Ivette Guilbert; pero como este arte exquisito, según advertía el joven poeta á todo el mundo, sólo era para intelectuales, Juanita ó la Bella Mimí no fué muy apreciada del público, que á cada presentación la abucheaba con interrupciones del peor gusto:—Pero niña, ¿no te han enseñado otra cosa en el colegio? ¡Tango, tango! Y como el tango, con que por fin tuvo

que transigir Luisita, no sin protestas del poeta, era un tango tan modoso y honesto como pudo ser la danza de David ante el arca de la Alianza, el público protestaba siempre: — ¿Pero es que no va á haber un poco de molinete? ¡A ver si *pué* ser!

Convencida muy pronto Luisita de que, en efecto, su arte no era para el gran público, se dejó retirar de sus luchas apenas halló un intelectual que supiera apreciar aquella carita de inocente y aquella distinción natural de su figura, que era, sin duda alguna, lo mejor de su arte. Sólo que el intelectual fué un burgués adinerado, un hombre práctico, de estos del arreglito metódico á tanto fijo; una buena, excelente proporción para una mujer como Luisita, incapaz de sacrificios por sostener el fuego sagrado del arte, pero capaz de todo género de concesiones por sostener tranquilamente el fuego humilde del hornillo doméstico.

Por lo pronto, nada le faltaba, ni su viaje á San Sebastián. ¡Su primer viaje de recreo! Allí iría también el buen caballero á reunirse con ella dentro de pocos días, en cuanto dejara instalada á su legal esposa y legítimos hijos en un pueblecito cercano á Madrid.

Luisita viste para el viaje un traje más pro-

pio de automovilista, algo estrepitoso. ¡Es tan difícil estar en todos los detalles al principio de una carrera sin una buena dirección artística! Pero el conjunto se defiende con la distinción innata en Luisita y aquel aire de candor, que no parece haber sido siquiera creado, ni por las canciones modernistas, ni por el tango, ni por los bramidos de un público en celo.

Vicenta. Joven artesana, madrileña; á lo artesano viste pañuelo negro de crespón con largos flecos, esos flecos tentáculos de apriar botones, que dan ocasión en verano á tantos diálogos pintorescos. Un primor de peinado y un chico en brazos, paliducho, flacucho, como criado en cuarto interior en casa de vecindad madrileña. Vicenta es antigua amiga y confidente de Luisita, como de muchas otras amigas en mejor posición. Una de estas artesanas de Madrid, con ese especial don de gentes que lo mismo les da entrada en palacios que en burdeles, viviendo muy honradamente á costa de los vicios de muchos.

Juana es la nueva criada de Luisita, proporcionada por Vicenta, hechura suya. Toda aturdida de verse próxima á viajar en *sleeping*, á dar en San Sebastián, del que ha oído maravillas, y de verse por primera vez en su vida



con un sombrero en la cabeza, al que acuden sus manos á cada momento para cerciorarse de que no se lo llevó el aire.

Miguel, marido de Vicenta; un cero en manos de su mujer, que ya le coloca á la derecha, ya á la izquierda, según le conviene á ella para sus cuentas. Empleado en el tranvía, viste americana negra, pañuelo de seda azul al cuello sobre una camisa color de rosa. Sombrero frégoli, el pantalón *kaki* del uniforme. Ha sido el encargado de tomar los billetes, de facturar equipajes, etc., y espera respetuoso y á distancia que su mujer disponga alguna otra cosa en que emplearle.

Y hablan.

VICENTA.—¡Así da gusto de viajar! ¡Qué ricamente! De aquí no tienes que bajarte para nada. Aquí comes, aquí todo; cualquier cosa que te ocurra, no tienes más que llamar al empleado... (*Volviéndose á Juana.*) ¡Anda, la Juana! ¡Cuándo te verás en otra! ¡A ver el mar! No dejes de escribirme lo que te parece, y á ver si cuidas mucho á la señorita y te portas bien, que no tenga yo que decirle nada á tu tía.

JUANA (*siempre preocupada por el sombrero*).—Ya ve usted.

VICENTA (*á Luisita*).—Y tú, que escribas también; que me cuentes todo lo que veas y

lo que hagas, y si algo te ocurre, aquí estamos, ya sabes. (*Al chico.*) ¿No le dices nada á tu madrina? ¿Qué le dices? (*El chico gruñe.*) Dile: ¿qué me va usted á traer, madrina? Dile: ¡muchas caracolas!... (*El chico gruñe más fuerte.*) ¡Jesús! No sé si será con el calor; está estos días que no se le aguanta...

MIGUEL.—*Pa* mí que está con los colmillos... ¡Chico! ¿Qué eso?

VICENTA (*entregando la preciosa carga al marido*).—¡Anda con tu padre! Que me tienes sacrificá... y con este calor... ¡Es morirsel! ¡Dichoso quien se va! A otro año quisiera yo irnos también, *pa* bañar al chico y *pa* que este viera un puerto de mar, que tampoco lo ha visto nunca. A ver si podemos.

LUISITA.—Sí, se arreglará. Yo hubiera querido que vinieras conmigo este año; pero ya sabes...

VICENTA.—¡Qué vas á decirme! ¡Qué te cuidas mucho, que te has *desmejorao* esta temporada! ¡A ver si comes!

LUISITA.—Es que estos días, con el trajín del viaje, ha sido no descansar.

VICENTA.—Los viajes siempre trastornan. Aquello te ha de probar.

LUISITA.—No dejes de darte una vuelta por casa todas las semanas.

VICENTA.—¡No tienes que decirme nada!

Casi todos los días. Sobre ese particular vete descuidada.

LUISITA.—Y á mi madre, ya sabes, que no le des las llaves por ningún estilo, aunque te diga que yo la he escrito que se las des.

VICENTA.—No tienes que decirme nada. Tu madre conmigo no se atreve... El sinfín de gente que se va... ¡Hija! En Madrid no nos quedamos más que la pobretería... Mira allí: la condesa de Casa-Molinos; esa es la que te dije que me había vendido un collar de brillantes, de esos que llaman de perro, que me lo compró una del Real; una tía puerca, que siempre la recibía á una en el baño, con un criado medio negro ó medio chino, ¡qué sé yo!, que se estaba una hora dándola sobos con uncs guantes como de estropajo... ¡Y ella tan fresca, como si no la pasara nada! ¡Te digo que ve una cada cosa!... ¿Qué miras?

LUISITA.—¿Habrá venido ese?

VICENTA.—Seguro; sólo que como hay tanta gente, y á él le conoce todo el mundo... Déjate, que voy á ver... (*Se retira á inspeccionar*).

JUANA (*impaciente*).—¡Señorita, que silba la máquina! ¡No vaya á ser que nos quedemos!

MIGUEL (*con suficiencia*).—Es una maniobra. Aun falta tiempo.

LUISITA (*á Miguel*).—Hoy has perdido de trabajar.

MIGUEL.—Trabajé esta mañana. Cambié el turno con un compañero. Pero aunque así no fuera, siempre que me necesites...

LUISITA.—Gracias. (*Dándole dinero*.) Toma, para unos cigarros. Ahora que no está la Vicenta, que ya sé que no te deja parar un cuarto.

MIGUEL.—Así es... Mucho te lo agradezco.

LUISITA.—Anda, que vosotros haréis dinero; que la Vicenta no desperdicia nada; pero tú déjala...

MIGUEL.—Tan dejada. (*Vuelve Vicenta*.)

VICENTA.—Ahí esta. ¿No le ves? Por la puerta del café asoma.

LUISITA.—Dile que venga.

VICENTA.—Reparó de la gente... No hay que llamarle... Ya viene...

(*Se acerca el caballero protector. Buena edad, buena salud, buena ropa.*)

CABALLERO.—¡Chiquilla! ¿Vas contenta?

LUISITA.—Todavía no. Cuando tú vengas.

CABALLERO.—Antes de ocho días me tienes allí. ¿Has visto el coche?

VICENTA.—Sí; lo hemos visto todo.

CABALLERO.—Te puedes acostar y desnudarte como en tu casa.

LUISITA.—¡Yo qué me he de desnudar en

el tren! ¡Cualquier cosa que pasara y hubiera que salir en camisa!

VICENTA.—Eso yo tampoco.

CABALLERO.—¡A ver qué haces por allí!

LUISITA.—¡Pobre de mí! ¡A ver qué haces tú!

CABALLERO.—Ya lo sabes... ¡Adorarte siempre! Bueno; te dejo, que hay mucha gente... (*Apretón de manos prolongado.*)

LUISITA.—No te digo nada.

CABALLERO.—¡Adiós, chiquilla!

LUISITA.—¡Adiós, nenito! ¡Anda con Dios! ¡Anda, no te vean!... ¡Adiós!...

(*El caballero desaparece.*)

VICENTA.—¡Es muy caballero! Se puede decir que has tenido suerte. ¡Quítate de belenes!

MIGUEL.—¡Subirse que ya tocan!

VICENTA.—¡Andar, andar! (*Despedidas, abrazos, besuqueo. Todos hablan; pero la voz de Vicenta domina el concertante.*) ¡Que el tren no espera á nadie! ¡Que escribas! ¡Que comas mucho! ¡Que te diviertas! ¡Un beso á la madrina! ¡Vamos!... ¡No, si cuando se pone así!... ¡Adiós, Juana! ¡Que escribas! ¡Que te portes bien!... ¡Adiós, adiós!...

(*El tren arranca. Vicenta agita el pañuelo hasta verle desaparecer.*)

—¡Anda tú con el chico! (*Miguel agarra al*

*chico en brazos.*) Y ahora á ver si cogemos el tranvía. ¡Es que es ahogarse de calor! ¿Llevas tú los billetes de andén?... Buena falta le hacía á la Luisa irse de Madrid, porque mira que se ha *desmejorao*.

MIGUEL.—*Pa* mí que está tísica.

VICENTA.—*Pa* mí también. ¡Tendría que ver, con lo que esa chica *tie pasao* en este mundo, ahora que ha *encontrao* una proporción, que fuera á morirse!...

MIGUEL (*filósofo*).—¡Toma! Eso es lo que sucede...

.....  
Y cae el telón.